

AECID-BH



BH000000102027

V252.1(729.5)
Min

3-27

44

CARTA PASTORAL

DEL ILLMO. SR.

DON FR. TORIBIO MINGUELLA Y ARNEDO,

OBISPO DE PUERTO-RICO.



PUERTO-RICO.

.....
IMPRENTA DEL BOLETIN MERCANTIL.
.....

1894.

V 252.1 (729.5)
Min

CARTA PASTORAL

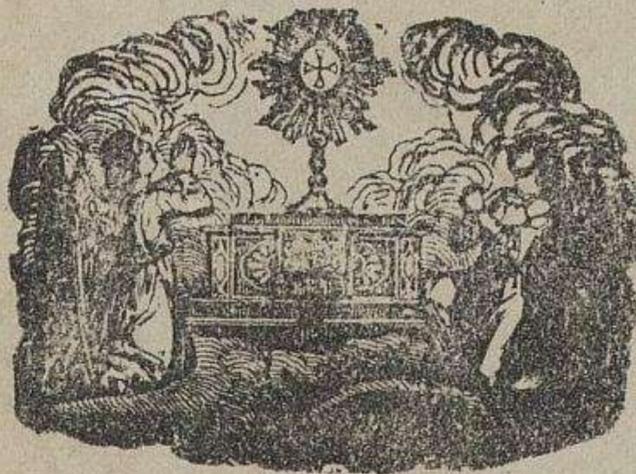
QUE EL ILLMO. SR.

DON FR. TORIBIO MINGUELLA Y ARNEDEO,

OBISPO DE PUERTO-RICO,

DIRIGE AL CLERO Y FIELES DE SU DIÓCESIS

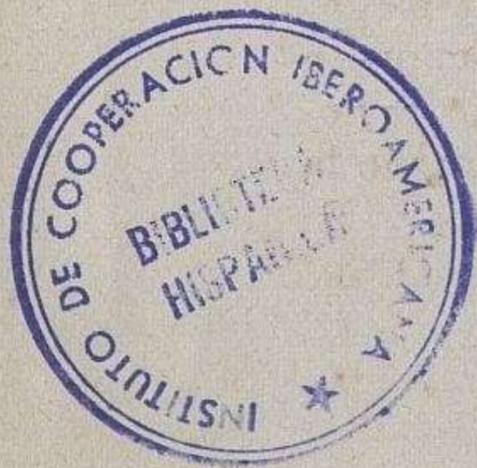
CON MOTIVO DE SU SOLEMNE ENTRADA.



PUERTO-RICO.

.....
IMPRESA DEL BOLETIN MERCANTIL.
.....

1894.



R. 189.881

NOS D. FR. TORIBIO MINGUELLA Y ARNEDO,

DE LOS DESCALZOS DE SAN AGUSTIN, POR LA
GRACIA DE DIOS Y LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE PUERTO-RICO.

*Al Ilmo. Sr. Dean y Cabildo de la Santa Iglesia Catedral,
Sres. Vicarios, Curas Párrocos, Sacerdotes y demás
fieles de la Diócesis, gracia y paz en Nuestro Señor
Jesucristo.*

Hace poco más de diez meses que la Diócesis de Puerto-Rico sufrió la dolorosa pérdida de un padre que con admirable tino y celo apostólico la había regido durante diez y nueve años. Al mismo tiempo que anublaban los ojos de los puertorriqueños copiosas lágrimas por la muerte del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Juan Antonio Puig y Monserrat (q. g. g.), nubes de tristeza por el temor de larga orfandad oscurecían su corazón; y unida con la plegaria por el alma del difunto llegaba al cielo la oración en demanda de nuevo Prelado. Claro indicio de que el Señor oyó benignamente la plegaria, es que oyó benigno la oración; pues á principios del mes de Mayo último S. M. la Reina en nombre de su Augusto hijo el Rey (q. D. g.)

se dignó presentar para esta Silla á un religioso, muy inferior en ciencia y virtud al Excmo. Sr. Puig, pero animado también de buena voluntad y de grandes anhelos por vuestra salvación, tan estrechamente ligada á la suya.

Favorablemente acogida por Ntro. Stmo. Padre León XIII la propuesta de S. M, fuimos preconizado en el Consistorio que se celebró el 21 del mismo mes de Mayo; recibimos la consagración episcopal el 5 de Agosto, dia consagrado á la Santísima Virgen de las Nieves, y el 11 del actual, dia en que se celebró la festividad del Patrocinio de la Virgen, llegamos felizmente á este puerto, é hicimos nuestra solemne entrada acompañado de los Excmos. Sres. Arzobispo de Cuba y Obispo de la Habana, á quienes en nombre propio y en vuestro nombre agradecemos y agradecemos tan hermosa prueba de fraternal cariño hácia nuestra persona y de muy estimable deferencia á Puerto-Rico. La culta y católica Ciudad de San Juan nos recibió con marcadas muestras de respeto, de amor y de esperanzas; y hoy algún tanto repuesto de las fatigas consiguientes al viage, ya que en el dia de nuestra llegada tuvimos la satisfacción de dirigir la palabra, saludando paternalmente á las Autoridades y habitantes de la Capital, úrgenos saludar siquiera por escrito á todos nuestros hijos, exponer el objeto de nuestra venida y exhortaros á la práctica de los deberes cristianos.

Prelado católico, Padre de vuestras almas, sea nuestro saludo el dirigido constantemente por Cristo Señor Nuestro á sus discípulos, el mismo con que los Apóstoles saludaban á los fieles. LA PAZ SEA CON VOSOTROS. *Bendito sea Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo que en Cristo nos ha colmado de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo; así como por Jesús nos escogió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos y sin mancha en su presencia por la caridad.* (1) Admirables palabras con que San Pablo saludó á los fieles de Efeso, proclamando la gloria de Dios, el fin de la creación y el medio de conse-

[1] Ephes. 1—3.

guir nuestros inmortales destinos: palabras con que llenamos mucho más cumplida y santamente que pudiéramos hacerlo usando las propias, el triple objeto indicado de *salutación, presentación y exhortación*.

Pues siendo el saludo la expresión del deseo benévolo en favor de aquél á quien se dirige, ¿qué forma puede haber más digna de un discípulo de Cristo al saludar á sus hermanos, y de un Padre de las almas al hablar á sus hijos que la fórmula consagrada por el Padre, por el Hermano y divino Maestro de todos, el anhelo de que sea con todos vosotros la paz, nombre bendito con que se apellida el mismo Dios llamándose *Dios de la paz*, [1] la paz anunciada por los ángeles á la tierra [2] al nacer el Eterno *Príncipe de la paz* [3]? Por eso, hijos míos, os digo y repito, La paz sea con vosotros, la paz que Cristo legó á sus apóstoles en la noche de la cena cuando les dijo: *Os dejo la paz, os doy mi paz; pero no os la doy como la dá el mundo* [4] no os doy la mentida paz con que brinda el mundo exigiendo, tal vez, el sacrificio de la conciencia, sino la paz, premio de la abnegación, signo de victoria en la guerra contra las concupiscencias, equilibrio y justo medio en las relaciones sociales, fruto que produce en el alma la gracia del Espíritu Santo. [5]

Y pasando del saludo á la presentación, parece que lo primero es decir quién es el que se presenta. Somos el enviado de Dios: y ante la grandeza del ministerio desaparece la pequeñez de nuestra personalidad. Venimos en nombre de Dios á desempeñar cerca de vosotros la embajada de Dios. San Pablo decía en nombre suyo y de todos los Prelados de la Iglesia: *Pro Christo.. legatione fungimur* [6], somos como unos embajadores en nombre de Cristo, estamos investidos con la representación, con el apostolado de Cristo. La infinita misericordia y la sabi-

[1] Rom. XV—33. II Cor. XIII, 11. etc.
[2] Luc. II—14.
[3] Isaí. IX—6.
[4] Joan. XIV—27.
[5] Galat. V—22.
[6] II. Cor. V—20.

duría infinita de *Dios que para nada necesita de nosotros*, [1] tan generoso empeño tiene en nuestra salvación cual si en ello le fuese la gloria, y quiere tratar con el hombre casi como de potencia á potencia. La potencia de Dios está en su gracia omnipotente, nuestra potencia en la libertad, don de origen divino, pero propiedad nuestra para nuestra dicha temporal y eterna correspondiendo con fidelidad á la gracia, ó para nuestra desdicha en esta y en la otra vida si hostil á la gracia rehusa la amistosa federación con Dios. Para establecer pactos con el hombre envió Jehová á los patriarcas y profetas y para *levantarnos á la filiación divina* envió á su Hijo. A este fin *el verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros, y nosotros*—continúa el evangelista San Juan—*hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad.* [2]

El Dios de la verdad nos envía, podemos decirlo como encargó el Señor á Moisés que dijese á los israelitas para exhibirles la credencial de la misión que se le había confiado. *EL QUE ES me envía* [3] á vosotros; el que tiene la existencia propia y eterna, el que es la Verdad suprema y esencial, se digna enviarnos á vosotros para que creais en esa Verdad y obreis conforme á esa creencia. En la plenitud de los tiempos envía Dios á su Hijo, á su Verbo [4] para que hable no solo al pueblo judío sino á la humanidad toda: para que sea el *Restaurador de cuanto hay en los cielos y en la tierra*, [5] especialmente de la naturaleza humana, enferma en el entendimiento por la ignorancia y en el corazón por el vicio.

El hombre que recibió del Señor la existencia material, recibió también *el soplo de la vida* [6], el espíritu, que es idea en el entendimiento y amor en el corazón. Así fué creado el hombre, rico en verdad y en caridad, reververan-

-
- [1] Psalm. XV—2.
[2] Joan. I—14.
[3] Exod. III—14.
[4] Galat. IV—4.
[5] Ephes. I—10.
[6] Genes. II—7.

do en su inteligencia la luz del divino entendimiento, palpitando su corazón sólo á impulsos del amor puro, de las emociones santas, hecho á imagen y semejanza de Dios (1). Mas el hombre elevado á tales encumbramientos de gracia, no quiso entender cuánto le honraba aquella superioridad, y, abusando de su libre albedrío, descendió por la idolatría y por la corrupción moral más abajo del nivel de los brutos (2). No es que el hombre perdiese nada de lo esencial á su naturaleza: el hombre entendía y amaba en el estado de la culpa, pero el objetivo de su inteligencia no era el verdadero Dios, origen fontal de la verdad, ni su corazón experimentaba los inefables transportes del celestial amor. Disfrutaba de la vida natural, mas había perdido la sobrenatural, la vida de la gracia, que lleva consigo el conocimiento del Ser Supremo, la contemplación de sus divinos atributos y la elevación del amor á la categoría de caridad.

Para infundir nuevamente en el alma del hombre la vida sobrenatural, *se encarnó el Verbo* (3), *la verdad nació de la tierra* (4), pero de una tierra santa, preservada de toda mancha de pecado, nació del seno purísimo de la Inmaculada Virgen María, Madre de la vida sobrenatural porque es Madre de la gracia, *Madre del conocimiento y del amor hermoso* [5], silla de la sabiduría, Reina de la caridad.

Descendió de la gloria el celestial Maestro para enseñar á los hombres la verdad; no la verdad meramente científica, no la sabiduría humana, sino la verdad evangélica, la sabiduría del cielo, libertadora del alma, porque le da el imperio sobre las pasiones. Jesucristo abrió cátedra nueva para enseñar lo que nadie sabía, cátedra de mansedumbre y humildad. *Aprended de mí, nos dijo, aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* [6]. *Yo soy el*

-
- [1] Genes. I—27.
[2] Psalm, XLVIII, 13.
[3] Joan, I, 14.
[4] Psalm, LXXXIV, 12.
[5] Eccl, XXIV, 24.
[6] Math., XI, 29.

*camino, la verdad y la vida [1], el camino por donde se va á Dios, al Padre, á quien nadie va sino por el Hijo [2], la verdad donde se engolfa el entendimiento para bañarse en los esplendores de la luz indeficiente, y la vida, que es la fe, resurrección de las almas [3], aliento de los justos. [4] Para ser discípulo en la escuela de Cristo es necesario creer con fe viva: llevar la cruz de los trabajos, de las contrariedades, de la lucha, y abrazarse con la abnegación y seguir al Crucificado, al que dijo: *bienaventurados los pobres de espíritu, los mansos y humildes, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia ó de ser buenos y santos, los misericordiosos, los que tienen puro su corazón, los pacíficos, los que padecen persecución por la justicia por ser justos, porque de ellos es el reino de los cielos. [5]**

Es Jesús luz de la luz eterna [6]. Luz del mundo [7], sabiduría increada, caridad infinita, que *habiendo amado á los suyos, á todos los que le aceptan como verdad y en El creen como en la verdad, los amó hasta el fin [8], hasta dar la vida para que viviesen los que quisieran ser suyos, y El nos dice también que vino á poner fuego en la tierra [9], á inflamar los corazones con el fuego de la caridad. Esa doble misión de enseñanza y de beneficios, debía perpetuarse en favor de la humanidad toda; y para eso estableció Jesucristo su Iglesia, *columna y apoyo de la verdad [10], divina institución que sobrevivirá al tiempo, luz inestinguible puesta sobre la cumbre de la vida, sol hermoso que alumbra porque es verdad y caliente y fecundiza porque es caridad.**

En efecto, el Pontificado, firmísima roca sobre que está fundada la Iglesia, tiene su base en la fe, y es edificado

-
- (1) Joan, XIV, 6.
 - (2) Ibid.
 - (3) Joan, XI, 6.
 - (4) Hebr., X, 38.
 - (5) Math., V, 3, etc.
 - (6) S. Aug., t. IV, de Trinit., cap. II.
 - (7) Joan, VIII, 10.
 - (8) Joan, XIII, 1.
 - (9) Luc., XII, 19.
 - (10) I. ad Tim., III, 5.

con el amor. Recordad que el divino Maestro, después de preguntar á sus apóstoles *qué decían de El las gentes*, y de oír que *unos le tenían por el Bautista resucitado, otros por Elías, otros por Jeremías ó por alguno de los profetas*, díceles el Salvador: *y á vosotros, ¿quién os parece que soy yo?* Tomando entonces San Pedro la palabra, le contesta en nombre de todos: *Tu eres Cristo, hijo de Dios vivo*. Y el Señor le llama *bienaventurado* porque para hacer aquella confesión no se inspiraba *en la carne y en la sangre*, según la cual, Jesús era solamente el hijo de María y legalmente hijo también de José, sino que, obedeciendo á la inspiración del cielo, *á la revelación del Padre celestial*, es el primero en hacer la profesión de fe en la divinidad de Jesucristo, que, en premio de aquella fe, hace de San Pedro la piedra fundamental é indestructible de su Iglesia [1].

Resucitado el Salvador, completa antes de subir á los cielos la institución de la Iglesia, y para esto pregunta á San Pedro en presencia de los demás apóstoles: *¿me amas tu más que estos?* [2]. Tres veces repite el Señor la pregunta, y por tres veces afirma San Pedro que sí. Hecha esta profesión de caridad, le confía Jesús el cuidado de todo el rebaño espiritual, encargándole que *apaciente los corderos y las ovejas*, los fieles y los pastores. Así fué instituida la Iglesia sobre la piedra fundamental que es Pedro, á quien Jesucristo confirió el primado de honor y de jurisdicción; y por eso *donde está Pedro allí está la Iglesia* [3]. La cual vivirá hasta la consumación de los siglos, porque siempre será necesaria la enseñanza de la verdad, el ejercicio de la caridad y el infundir hábitos de verdad y caridad en los individuos por medio de los sacramentos para que se salven las almas y surjan y subsistan la familia cristiana y el Estado cristiano.

Sin mérito alguno de parte nuestra, sin que nosotros por nosotros mismos eligiéramos estado tan sublime, nos eligió el Señor para el desempeño de la misión de fe y caridad, y

(1) Math., XVI, 13.

(2) Joan, XXI, 15.

[3] S. Ambr. Enarrat in Psalm. XL, n, 30.

entramos en la gerarquía eclesiástica recibiendo las sagradas órdenes. Nuevas misericordias y elección divina nos han conferido la plenitud del sacerdocio para que instruyamos en la fe y gobernemos con caridad esta Diócesis. El día de la consagración episcopal hicimos pública profesión de fe en la divinidad de Jesucristo y en todos los otros misterios y principales dogmas de nuestra sacrosanta religión, fuimos ungido con el sagrado Crisma, sobre nuestra cabeza los Obispos consagrante y asistentes pusieron sus manos, invocando al Espíritu Santo, que es *luz de los corazones y fuego de amor*. En aquel momento solemne fué nuestra alma investida con el magisterio de la verdad, nuestro corazón se sintió encendido en las llamas del cielo. En el fondo de nuestro espíritu resonaron las palabras de Jesús: *como mi padre me envió y yo envié á mis apóstoles, también te envío*. Hednos aquí, amados hijos, trayendo nuevas iluminaciones de fe y divino fuego de amor, hednos aquí dispuestos á cumplir la doble misión de verdad y de caridad. Venimos á continuar la obra docente y benéfica de nuestros predecesores en el episcopado, venimos á procurar que se enardezca vuestro espíritu en amor á Dios y al prójimo. Este amor á nuestros semejantes, es la contraseña del amor á Dios, pues, como nos dice el Apostol del amor, *el que dice yo amo á Dios, al paso que aborrece á su hermano, es un mentiróso. Pues el que no ama á su hermano, á quien ve, ¿cómo podrá amar a Dios, á quien no ve?* [1]. La caridad para con nuestros semejantes es la insignia de nuestro discipulado en la fe, en la religión de Jesucristo, quien nos dice: *conocerán todos que sois mis discípulos, si os amais recíprocamente*. El amor á Dios y el amor al prójimo están incluidos en la palabra caridad, y la caridad supone la fe, porque no amamos á quien no conocemos, y, en orden á la vida eterna, no conocemos á Dios sino por la fe, ni dentro de ese mismo orden nos relacionamos con nuestros prójimos sin la fe. Ved por qué en nuestro escudo episcopal con las armas de nuestra Madre religiosa, la provincia de San Nicolás de

(1) I., Joan., IV, 20.

Tolentino en Filipinas, y junto al cordero, emblema de San Juan Bautista, titular y patrono de esta Diócesis, campea el corazón de nuestro gran Padre San Agustín; y veú también por qué debajo del escudo, y sirviéndole de fondo la correa agustiniana se ve el lema adoptado, las palabras del Apostol á los fieles de Corinto: *Omnia vestra in charitate fiant* [1], que la caridad sea el alma de todas nuestras obras. Este lema resume todas las exhortaciones que para nuestro bienestar y la salvación de vuestras almas á nuestro celo Pastoral confiadas, hemos de dirigiros, es la espresión de nuestros vehementes deseos, la síntesis de nuestra misión entre vosotros.

¡ Y cuántos motivos teneis para vivir y hacer rápidos progresos en la fe y la caridad, adelantando así en la ciencia de Dios! [2] La fe es la potencia visual é intelectiva respecto de la verdad evangélica, la caridad es la vida sobrenatural del alma, y las vuestras han recibido y reciben por medio de los sacramentos raudales de fe y de amor que proceden de Jesucristo autor de los sacramentos. Acordaos de que sois por la gracia de Dios, cristianos. En vuestra mente y en vuestro corazón fueron depositados los gérmenes de la fe y de la caridad al recibir las aguas del bautismo. Entónces hicisteis por boca de vuestros padrinos la profesión de la fe, entonces fuisteis ungidos con el oleo de los catecúmenos y con el crisma santo, convirtiéndose vuestras almas en templos de Dios, en mansión de la Trinidad Beatísima, que infundió en ellas el hábito de la caridad. Recibisteis luego la confirmación en la fe, alistandoos como soldados de la cruz impresa por el Obispo en vuestras frentes ungidas con *el crisma de la salvación*, símbolo de la caridad que es el primer fruto y el fundamento de todos los demás frutos del Espíritu Santo. [3] También el perdón de los pecados por el sacramento de la penitencia presupone la fe, y aviva ó resucita la caridad, estando la curación del alma, la remisión de la culpa en la

(1) I. Cor. XVI, 14.

[2] Colos. I—10.

[3] Galat. V—22

medida de la fe y del amor. *Se le han perdonado muchos pecados porque ha amado mucho*, decía el misericordioso Redentor hablando de la mujer pecadora, porque su caridad ha sobrepujado á sus amores ilícitos; y al fin de aquella conmovedora escena, dice el Salvador á la convertida: *tu fe te ha salvado, vete en paz*. [1] La Eucaristía, *misterio de la fe* es también y por eminente modo el sacramento del amor [2] donde recibimos al *Autor de la fe* [3] que quiere la ejercitemos creyendo en la Real Presencia de Jesús oculto bajo las especies de pan y vino, y que al darnos su cuerpo, su sangre y su divinidad nos comunica la vida de la gracia, vida de fe y de amor. Y esa fe, y ese amor reciben como un sello final cuando próximos á la muerte, somos ungidos con el oleo de los enfermos, que vigoriza el alma para que salga triunfante en la última lucha contra sus enemigos, y reaviva en el corazón la llama del amor santo. Todos los sacramentos son luces encendidas en el sol de la gracia, todos iluminan con los resplandores de la verdad eterna, todos infunden caridad ó la aumentan, todos nos estimulan al cumplimiento de nuestros deberes para con Dios, para con nosotros mismos y para con nuestros prójimos, deberes comprendidos en el precepto de *amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos*.

El objeto de nuestro amor debe ser ante todo y sobre todo Dios, porque es la bondad suprema, la hermosura infinita, la suma de todas las perfecciones. Ese amor á Dios debe regular el amor á nosotros mismos y el amor á nuestros semejantes. Dice Jesús en el Evangelio: *quien ama al padre ó á la madre más que á mí, no merece ser mío: y quien ama al hijo ó á la hija más que á mí, tampoco merece ser mío*. [4] Quien no pone el amor á Dios como fundamento de todos sus amores, no es discípulo de la fe, está fuera de la verdad y de la caridad. Daremos al Señor pruebas

[1] Luc VII—49.
[2] S. Aug. Trac. XXVI in Joan.
[3] Hebr. XII—2.
[4] Math. X. 37.

de que le amamos, si amamos la salvación de nuestra alma que Él crió para el cielo, por la que vino del cielo, y sufrió tanto hasta morir en una cruz. Si el amor á nosotros mismos está inspirado en el amor á Dios, podrá ser ejemplar de nuestro amor al prójimo; amarnos fuera de ese orden es egoísmo, y el egoísmo es enemigo de la abnegación, del sacrificio, de todo lo que dignifica al hombre.

Creencias religiosas, obras cristianas. Ved, h. m. lo que deseamos en vosotros. Sin fe no hay religión, no hay conocimiento de la verdad religiosa; *sin fe no es posible agradar á Dios.* [1] La fe humana es la vida del organismo social y la fe divina es la vida de la sociedad cristiana: es la vida porque no se trata de la fe sin obras, que es como dice el Apóstol Santiago [2] *fe muerta*, fe que tienen hasta los mismos demonios, quienes también creen, á pesar suyo y para su mayor pena, [3] sino de la fe viva, y que se manifiesta en actos virtuosos, de la fe que obra animada por la caridad, [4] La salvación de las almas consiste en esa fe, de donde germina la esperanza, y que está animada por la caridad.

Mas Cristo Señor Nuestro, vino para algo más que para santificar á los individuos aisladamente. Objeto fué también de su divina misión el instituir la familia cristiana. Por eso la primera obra milagrosa de su Omnipotencia, hecha, por cierto, á instancia da su Madre, la Purísima Virgen María, fué para autorizar y santificar la unión de los esposos, para iniciar el matrimonio cristiano que convierte el agua de profanos amores en riquísimo vino de caridad. Jesús elevó el contrato del matrimonio à sacramento: el que había venido, no para abolir la ley, sino para perfeccionarla [5], consagró la unión marital, à fin de que fuese también unión de dos almas. Le dió por tipo la unión suya con la Iglesia [6], ese castísimo y di-

1 Hebr. XI—6

2 Jac. II 17.

3 Jac. II 19.

4 Galat V 6.

5 Math. V 17.

6 Ephes. V 32.

vino desposorio, y de ahí arranca la verdadera indisolubilidad del matrimonio. Ved por qué la Iglesia ha sido y es la legisladora del matrimonio cristiano, y esto, no para ejercer dominio avasallador sobre la familia, como no lo ejerce sobre el individuo al exigirle la fe, sino para sublimar y dignificar la unión de los esposos, como la fe sublima y dignifica la razón humana. Desde los tiempos primitivos y en todos los pueblos ha intervenido la religión en ese acto trascendentalísimo de la vida, en el matrimonio: por donde se ve la insensatez de los que prescinden de la religión en sus matrimonios, que verificados fuera de la Iglesia, ó contra las disposiciones de la Iglesia, crean, entre cristianos, uniones ilegítimas, cobardes apostasías, mentiras en contradicción con la verdad cristiana, amor punible que mata el amor de la caridad.

Del individuo cristiano, cuya vida debe ser la caridad, y de la familia cristiana fundada en caridad, surge la sociedad cristiana, maravilloso reflejo de la Providencia, del poder y del amor de Dios, entidad constituida por dos poderes soberanos, pero unidos íntimamente con los vínculos de la caridad, como unidos están el cuerpo y el alma, y unidas deben estar la razón y la fe. La armonía entre la Iglesia y el Estado es origen de bienestar en los pueblos, así como la separación y aun la tirantez de relaciones trae consigo los males que trae la falta de inteligencia y unidad de sentimientos entre los esposos ó los males mucho más lamentables que produce el divorcio. Gracias á Dios, en la Diócesis que vengo á regir existe esa armonía, y consideramos uno de nuestros principales deberes el conservarla. *Toda potestad viene de Dios* [1], dice con el Apostol la Iglesia Católica, y merced al reconocimiento y consagración de tan altísimo origen, introduce el elemento cohesivo del amor entre gobernantes y gobernados, entre superiores é inferiores, á fin de que la superioridad no sea odiosa tiranía, ni la inferioridad degradante servilismo. El amor de arriba desciende en forma de sacrificio, y el de abajo

Rom. XIII 1.

sube en forma de ennoblecedora obediencia, y al unirse los dos amores constituyen el gran matrimonio social, encontrando la debilidad de los unos, apoyo en la fortaleza de los otros, compenetrándose y armonizándose los distintos caracteres y aspiraciones, y surgiendo la mutualidad de servicios entre los miembros que forman el estado cristiano, cuya cabeza es Cristo. El cual dice á la autoridad, á sus representantes en la tierra: haces mis veces, las veces de Dios, y yo te exijo que te sacrifiques por el bien de tus subordinados, de quienes has de ser padre sabio y amoroso, inspirándote en la verdad y en la caridad. Y dice á los súbditos: mirad en vuestro superior á Dios, *el que resiste á la potestad, resiste á las órdenes divinas* (1): *obedeced, no sólo por el temor del castigo, sino también por deber de conciencia* [2], por convencimiento y por caridad.

Es Dios la fuente de la verdad en todos los órdenes, creamos en Dios: es Dios el origen del amor puro, amemos á Dios. Jesucristo nos dice: *creéis en Dios, creed también en mí* (3). Sí, creamos en Jesús y amemos á Jesús, porque es Dios, porque nos amó tanto que por nosotros se entregó á la muerte [4]. Cristo vive en su Iglesia, que es faro de verdad y foco de amor, creamos en la Iglesia como en nuestra maestra y amémosla como á nuestra Madre. El Pontificado es la cabeza y es también el corazón de la Iglesia; debemos, pues, al Padre de nuestras almas creencia y amor. El soberano Pontífice es infalible en las definiciones dogmáticas, es el Pastor supremo que vela sobre todos nosotros y merece nuestra fe y nuestra acendrada devoción. Y esta fe y esta devoción, este respeto y amor á la Santa Sede ostenta nuevos motivos, aunque externos y accidentales, cuando la Cátedra de San Pedro está ocupada por un hombre tan excepcionalmente superior como Nuestro Santísimo Padre León XIII, sol de ciencia y de caridad, Rey despojado de sus dominios temporales, pero indestro-

1 Rom. XIII 2.
2 Rom. XIII 5.
3 Joan XIV 1.
4 Galat. II 20.

nable Rey de las inteligencias por su alta sabiduría y de los corazones por sus hermosos sentimientos.

Al respeto y al amor son también acreedores los poderes de la tierra que gobiernan con alteza de miras, con el fin nobilísimo de labrar la dicha de los pueblos. Velan sobre nuestras vidas y haciendas, tratan de proporcionarnos la mayor suma posible de bienestar, y nada más justo que corresponder á sus desvelos y sacrificios con nuestros sacrificios y con nuestra sumisión y gratitud.

Y entrando finalmente, más de lleno, en la última parte de esta sencilla Pastoral, que es de exhortación á conservar puras y vivas las creencias religiosas y á ejercitarnos en obras cristianas, á ser hombres de fe y de caridad, comenzamos la exhortación por nuestros Coadjutores en el ministerio de la salvación de las almas, rogando á nuestro Ilmo. Cabildo, Clero parroquial, Castrense y demás Sacerdotes que tengan siempre ante los ojos de su espíritu el espejo limpidísimo que nos presenta el Apóstol de las gentes cuando nos dice: *no demos á nadie motivo alguno de escándalo para que no sea vituperado nuestro ministerio; antes bien portémonos en todo como deben portarse los ministros de Dios, con mucha paciencia en medio de tribulaciones, de necesidades, de angustias, con pureza, con doctrina, con longanimidad, con mansedumbre, con unción del Espíritu Santo, con CARIDAD sincera, con palabras de VERDAD.* [1] Digna de atenta y continua meditación es para nosotros esa página del Apóstol, que bien pudiéramos llamar *regla del Clero*. Seamos hombres de sacrificio, ángeles en las costumbres, Cristos en el cielo; desprendidos de afecto á los intereses de la tierra, ambiciosos de la gloria de Dios, de la salvación de las almas, de los bienes celestiales, dulcemente enérgicos, severos para con nosotros mismos, indulgentes para con los demás; amantes del estudio, predicando siempre con el ejemplo y con la palabra la verdad evangélica, siendo para todos modelos de caridad.

II Cor VI 3 etc.

Hay en nuestra Diócesis un convento de religiosas de Claustro y varias casas de Hijas de San Vicente de Paul, de religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, de Siervas de María y de Hermanitas de los ancianos desamparados. Son la porción escogida del rebaño espiritual · su vida de oración, de penitencia y de misericordia es vapor que se levanta hasta el trono de Dios para descender sobre la humanidad en forma de suave y graciosa nube de beneficios. Continúad vuestra vida de fe y de caridad sin desmayar ni por un instante en vuestros heroísmos, sin que los desprecios de los que no os conocen sirvan de otra cosa que de estímulos en el camino de la fe, y de incentivos en las obras de la caridad, tanto más meritorias ante Dios cuanto menos recompensadas por los hombres.

Damos gracias al Padre de las luces de quien proceden todos los dones, [1] porque vemos establecidas entre vosotros varias cofradías y no pocas asociaciones piadosas que hacen manifestación humilde pero franca de las creencias y de las prácticas cristianas. Gustosos tomamos bajo nuestra protección esas cofradías y asociaciones deseando que se arraiguen, que se extiendan, que tomen incremento; pues cuando los malos se unen para hacer daño á los buenos, deben unirse los buenos para hacer bien, para perdonar, para atraer á los malos, y para estimularse á la virtud.

Que los padres de familia eduquen á sus hijos en el santo temor de Dios: que les inculquen la fe y la misericordia para que alumbrados con la antorcha divina y obremos del bien avancen por la senda de la vida cual cumple á fervorosos católicos y á honrados ciudadanos. Vosotros, hijos de familia, obedeced y amad á vuestros padres para recompensar en algo con vuestra docilidad y cariño los inmensos sacrificios que por vosotros se imponen, y para corresponder á la solicitud que tienen por vuestra existencia y por vuestro bienestar. Sed para ellos no corona de espinas sino de hermosas flores.

Jac. I 17.

Varones, amad á vuestras esposas con amor puro, con amor de caridad, *amor semejante al que Cristo tiene á su Iglesia* (1) Esposas, emplead vuestros atractivos, vuestra persuasiva, vuestra influencia en la santificación de vuestros maridos, en dulcificar sus caracteres si fueren de agria condición, en secundar sus piadosos sentimientos cuando son buenos cristianos Guardaos fidelidad, y tened un solo corazón y una sola alma en Dios.

No terminaremos nuestra exhortación sin dirigirla, juntamente con nuestro afectuoso saludo, al ejército de mar y tierra que en esta isla vela, más que por la integridad de la patria, aquí nunca amenazada, por la honra española, por la limpieza y el prestigio de nuestra bandera, obra que atrae al ejército la estimación y la gratitud de todos los buenos, y obra que estando, como indudablemente estará, animada por la caridad, el Señor de los ejércitos acepta como meritoria, de legítimas satisfacciones en la tierra, y de la gran cruz laureada en el reino de la gloria.

Jefes, oficiales y soldados, no olvideis, vuestro nobilísimo abolengo. Sois los descendientes de aquellos ejércitos españoles cuyo valor estaba abriantado con una fe religiosa inspiradora de titánicas empresas llevadas á cabo por los nuestros contra los enemigos de la religión y de la patria, descubriendo y conquistando nuevos mundos para Dios y para España, sacando siempre incólume la honra del alma y la honra de la nación. Creed firmemente en Dios, sed católicos sinceros, católicos prácticos, y se agigantará vuestro valor, se estrecharán los lazos de la disciplina, y, reinando entre todos la caridad cristiana, sereis héroes y santos.

Hemos tenido la satisfacción de dirigiros, amados diocesanos, paternal saludo, el saludo de Jesucristo, nuestro adorable Redentor, el deseo de que la paz sea con vosotros, Hemos expuesto el objeto de nuestra venida, la mi-

Ephes. V. 22.

sión de verdad y de caridad que el Altísimo se digna confiarnos; y os hemos exhortado, siquiera brevemente, al exacto cumplimiento de vuestros respectivos deberes. Sean las últimas palabras de esta carta Pastoral repetir la afirmación y el ruego que expusimos á nuestro auditorio en la Iglesia Catedral el día de nuestra llegada: "Aquí teneis á vuestro Padre que considera ya como "suyos vuestros goces, como suyos vuestros dolores, que "viene dispuesto á identificarse con vosotros, á sacrificarse "por vosotros, sin acepción de personas, sin distinción de "clase ni color, porque hemos de ser el Padre de las almas, "y las almas no tienen color, y sólo la virtud es la que "califica las almas. Nuestro deber es presidir vuestra "marcha hácia vuestro último fin que es Dios en el cielo, "nuestra obligación sosteneros con el pan del ejemplo, y de "la doctrina, defenderos de vuestros enemigos, y, si necesario fuese, llevar vuestras almas sobre nuestros hombros, "como el pastor lleva la oveja sobre los suyos, y dar nuestra vida para que vuestras almas no mueran. Para el "desempeño de tan sublime y trascendental ministerio, "indeciblemente superior á nuestras débiles fuerzas, contamos con la gracia de Dios que todo lo puede, con vuestra "proverbial docilidad y con vuestras férvidas oraciones."

Que el Dios de la paz, de la verdad y de la caridad las escuche propicio. Que la Santísima Virgen de la Providencia, en cuyas manos hemos puesto nuestro báculo pastoral, para que sea la divina Pastora del pastor y de las ovejas en esta Diócesis, nos alimente con la gracia y nos conduzca por el camino de la salvación. Que el glorioso San Juan Bautista, Titular y Patrono de Puerto-Rico, interponga cerca de la Sagrada Familia su poderoso valimiento en favor nuestro. Que todos, en fin, viviendo en el amor de cristiana fraternidad, tengamos la dicha de ver y amar á Dios en la gloria. Para que así sea, fecundice el Señor la bendición que de lo íntimo de nuestra alma os damos en el nombre del † Padre del † Hijo y del † Espíritu Santo † Amén.

Palacio Episcopal de San Juan de Puerto-Rico, día de

la Presentación de Nuestra Señora en el templo, veinte y uno de Noviembre de 1894.

FR. TORIBIO, OBISPO DE PUERTO RICO.

Por mandado de S. S. I. el Obispo mi señor.

Dr. Manuel D. Caneja,

Canónigo Secretario.

